

## SITUACION Y FUTURO DE LA LENGUA ESPAÑOLA

GREGORIO SALVADOR

Tengo que explicar, antes de nada, mi presencia aquí, como ponente improvisado, en sustitución del profesor Diego Catalán. Como ya tuve una sesión plenaria en el Congreso de Cáceres y lo que se había anunciado en los programas era una comunicación mía sobre un problema muy concreto de fonética vocálica, este cambio puede resultar abusivo, pero el caso es que la ausencia del profesor Catalán se conoció sólo la víspera de la inauguración del Congreso y ello les creó un problema a los organizadores, que yo, como miembro de la junta directiva de la Asociación, me brindé a resolver, porque casualmente había traído en mi equipaje un texto sobre situación y futuro de la lengua española que, aunque no concebido para esta ocasión, sino leído hace unos meses en el Senado, podría servir en estas horas finales de nuestro intenso Congreso sevillano, en el que tantos, tan variados y tan interesantes aspectos del pretérito de la lengua española se han tratado, para darle a la historia una dimensión de futuro desde los datos objetivos que en el presente se nos manifiestan.

No voy a tratar de la situación de nuestra lengua entre nosotros mismos, porque del español en España, de rencores mezquinos, de planificaciones lesivas, de pruritos epidérmicos, de arañazos laterales, de defecciones grotescas, de comportamientos desatentos y de fantasías provinciales he hablado y escrito bastante en los últimos doce años y no es el momento de insistir. La dimensión del español es otra, es una dimensión universal, y a ella es a la que voy a referirme.

En septiembre pasado fui enviado a Estocolmo por el Ministerio de Asuntos Exteriores, porque el Ministerio de Educación de Suecia había solicitado un conferenciante español para la convención anual de profesores de lenguas extranjeras en aquel país. Por una simple razón: el español, quinta lengua en demanda, escasísima demanda, hasta hace diez años, superada en la enseñanza media por inglés, francés, alemán e italiano, ha tenido un avance tan espectacular que, en el último curso, había pasado a ser la segunda. *Spanskans uppgång* titulaba un periódico el informe sobre ese asunto: el español en alza o el auge del español. Valga, pues, este hecho anecdótico, si se quiere, pero indicativo, para entrar en mi disertación.

Según *The World Almanac 1988* el español había alcanzado, al comenzar ese año, los 304 millones de GLM, esto es, de grupo de lengua materna. En marzo de 1983, en una conferencia recogida luego en mi libro *Lengua española y lenguas de España*, ya presagiaba yo que, si continuaba emitiéndose el programa *300 MILLONES*, que entonces producía TVE, alguna noche de cualquier año venidero tendrían que sonar más fuerte las trompetas, redoblar los platillos y agitarse más alegremente las maracas, para celebrar la coincidencia momentánea del título, por aquellas fechas producto del redondeo, con la exacta realidad de 300 millones de hispanohablantes de lengua materna. Al parecer, según el famoso anuario estadístico norteamericano, tal evento se produjo en 1987, aunque ya no había programa televisivo que lo pudiera festejar con música.

Bien es verdad que, en 1983, ya existían más de trescientos millones de personas en el mundo que pudiesen entenderse en castellano. Porque al GLM, que andaría entonces por los 280 millones, se podía añadir la cifra de los que lo usan habitualmente como idioma de intercambio, aunque tengan otra lengua como materna; y algo más de veinte millones salen con facilidad, en España y América, de hablantes de otros GLM que hablan igualmente el español, la lengua oficial de los Estados a cuya ciudadanía pertenecen. Unos siete millones de españoles tienen el español como segunda lengua, como lengua de relación, y lo mismo ocurre con parte de la población —en cifras más difíciles de precisar— de países como México, Guatemala, Paraguay, Bolivia, Ecuador o Perú, por citar sólo algunos. Faltan censos demolingüísticos ajustados y casi toda cifra, en este terreno, tiene algo de aventurada. Imposible resulta saber, por otra parte, cuántas personas de otros ámbitos idiomáticos han adquirido, mediante aprendizaje, el español como lengua de intercambio y son capaces de comprenderlo o de expresarse en él. Yo, que he escrito sobre «los alegres guarismos de la demolingüística», no quisiera caer en la ligereza de subirme a las nubes de la estimación, pero creo que, a la vista de los datos disponibles, se puede calcular que existen hoy, tal vez, unos 360 millones de personas, si no más, capaces de entenderse en español.

En todo caso, su GLM, estadísticamente reconocido, de trescientos cuatro le permite mantener la cuarta posición en la clasificación mundial de las lenguas por su número de hablantes propios, tras el chino mandarín, el inglés y el hindi. Forman lo que los demolingüistas llaman el grupo de las cuatro mayores, a las que sigue la serie de las siete grandes, que son las que pasan de cien millones o los rondan, serie que encabeza el ruso y en la que se incluyen otras lenguas europeas como el portugués, el alemán o el francés.

Esto si nos atenemos a la estricta ordenación demográfica; pero los demolingüistas establecen, junto a ella, otro tipo de jerarquización idiomática en el que el GLM se baraja con otros datos tales como su carácter regional, nacional o plurinacional, su mayor o menor dispersión geográfica y el número de personas que lo poseen como segunda o tercera lengua, que lo utilizan como lengua de relación. Dado que la demolingüística ha sido disciplina nacida en Francia y cultivada principalmente por franceses, el francés suele aparecer en los manuales como la segunda, dentro de ese nuevo rango, tras el inglés, pero seguida inmediatamente por el español. No es que carezcan de razones para

atribuir a su lengua ese destacado lugar; pero son más bien razones de pretérito que de presente y una simple actualización de los datos que suelen manejarse otorga al español ya ese segundo lugar entre las lenguas de intercambio y relación. El francés llegó a ser la primera y ha mantenido durante dos siglos esa condición; desde el siglo XVIII hasta bien entrado el XX ha sido la lengua de las relaciones diplomáticas y también la del trasiego cultural: la lengua con mayor prestigio. Pero el inglés la ha ido desplazando paulatinamente de esas funciones y, una vez desplazada, su escasa dimensión demográfica en comparación con otras lenguas (sólo es la undécima en GLM) le hace perder terreno, día a día, como idioma aprendido. Por ejemplo, hasta no hace muchos años, en los Seminarios de Lenguas Románicas de las Universidades alemanas el francés reinaba claramente y era la lengua escogida como principal por la mayoría de los alumnos; hoy la situación se ha invertido y es el español la lengua que se prefiere. La explicación es obvia: los más de doscientos millones en que nuestro GLM excede al francés resultan ahora determinantes para la elección, desde una consideración utilitaria, que en el aprendizaje de lenguas es criterio decisivo.

Tan decisivo es el peso demográfico de las lenguas en su adopción como lenguas de relación que, como puso de relieve J. Pohl, incluso la expansión del francés como lengua internacional no se debió tanto al esplendor que había alcanzado bajo el reinado de Luis XIV, a la riqueza de su literatura o a sus pretendidas cualidades de claridad y de rigor lógico, sino más bien a que Francia era, en el siglo XVIII, el país más poblado de Europa. Y si el inglés ha alcanzado en este siglo esa condición de lengua universal que posee es, fundamentalmente, porque se apoya en un sólido GLM de 400 millones de personas. Podría argüirse que, de acuerdo con ese principio, sería el chino, que según algunos dobla esa cifra, la lengua con más entidad para cumplir esa función; pero el chino es lengua de una sola nación y no posee escritura alfabética. Pese a lo cual, o tal vez por ello, el chino escrito o el sistema chino de escritura ideográfica es el medio de relación verbal más utilizado en Extremo Oriente, pues tal sistema da unidad a las diferentes lenguas y dialectos chinos, pero también permite escribir otras lenguas y acceder al significado de lo escrito sin conocer, oralmente, la lengua de quien lo escribe. No resulta descartable, en mi opinión, que se pudiera llegar algún día a la universalización del chino escrito como medio de comunicación interlingüística. Aunque, de hecho, los orientales estén más atentos a aprender lenguas de Occidente y a aprovecharse, en la medida justa, de nuestra cultura, que a intentar extender o transmitir la propia en ninguno de sus aspectos.

En este interés del Extremo Oriente por el aprendizaje de idiomas occidentales el español ocupa ya hoy, claramente, el segundo lugar. No puede competir con el inglés, como es lógico, pero ha ido superando, poco a poco, a todos los demás. He tenido ocasión de asistir a los dos primeros congresos internacionales de hispanistas asiáticos, el que se celebró en Seúl, en agosto de 1985, y el que ha tenido lugar en Manila, en los primeros días del pasado enero, lo que me permite dar testimonio directo del crecimiento espectacular de los estudios hispánicos y de la demanda de aprendizaje de nuestra lengua en aquellos confines, muy particularmente en Japón y en Corea. Son ciento diez las Uni-